

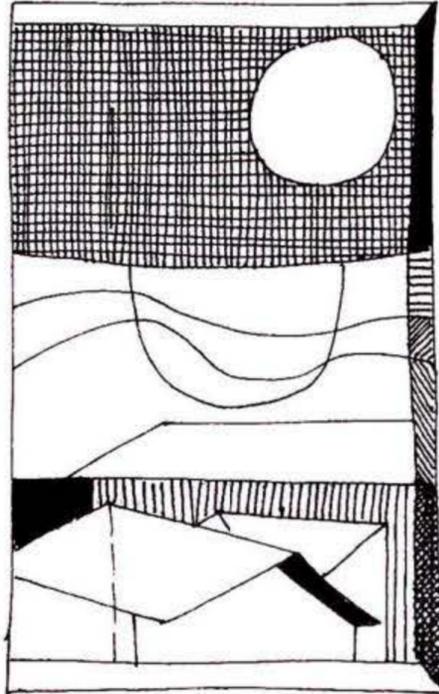
do Toribio Alfonso de Mogrovejo, inquisidor en Granada, arzobispo en Lima y luego santo, a cuya devoción y recuerdo se levantó una iglesia en el barrio de los Jagüeyes, dotada de un artesonado mudéjar de muy buena calidad, y de unas pinturas murales en sus ventanas, que Aristizábal omite mencionar.

El precursor de los conventos fundados en Cartagena fue el de Santo Domingo, establecido hacia 1539 y terminado en el siglo XVIII. El convento de los franciscanos, el de los agustinos descalzos y el de los calzados, el colegio de los jesuitas, el claustro de las carmelitas, el convento de Santa Clara, la recoleta franciscana de San Diego y el convento de la Merced, forman parte también de esta sección, en la que predomina el recuento de la llegada de las respectivas órdenes religiosas, entretejido con la historia de las vicisitudes de la construcción.

Tal vez el capítulo más novedoso es el dedicado a los hospitales, poco estudiados por la historia de la arquitectura colonial, y seguramente una de las primeras construcciones públicas que se levantaron en Cartagena, pues al año de fundada ya contaba con el primer hospital encomendado a San Sebastián, seguramente de materiales rudimentarios, sin que al parecer hoy queden rastros físicos de él, asunto que el autor no aclara suficientemente. El hospital del Espíritu Santo, el hospital del colegio de los jesuitas, el hospital para leprosos (donde trabajó san Pedro Claver), y el edificio de la Obra Pía (institución caritativa para mujeres, fundada gracias al legado de María Arias Cabeza de Vaca), integran este capítulo, que historia varias edificaciones hoy inexistentes.

Dentro del capítulo de los hospitales, el autor dedica una sección a describir, de manera documentada y amena, la situación de la medicina en la ciudad, en realidad precaria, pues estaba en manos de "protomédicos" (teguas), uno que otro barbero, uno que otro médico profesional, algunos boticarios y hasta brujos que tuvieron que vérselas con la Inquisición. No obstante, esta sección

desequilibra la unidad del libro, ya que, en rigor, debería entonces haber trazado también un perfil similar para las comunidades religiosas y el papel de las jerarquías eclesiásticas.



El énfasis del libro es sobre todo historiográfico. Pero cabe notar que la biografía de estas construcciones es generalmente, por fuerza de la verdad y no por escogencia del autor, melancólica y pesarosa. Más que una historia de la arquitectura, se acaba tejiendo, casi de manera inevitable, una reseña de los avatares desdichados y de los descuidos humanos que sufrieron unas construcciones que hoy, finalmente, se aprecian como huellas del pasado.

Aunque el autor señala que en su libro "quiere recopilar y resumir noticias dispersas en los documentos referentes a la ciudad, sin pretensión de lo exhaustivo [...] noticias que serán punto de partida para investigaciones aún más serias y especializadas, sobre cada uno de ellos en particular" (pág. 10), cabe mencionar que el mayor vacío se encuentra en el hecho de que aunque se pretende estudiar y reevaluar las construcciones, poco se habla de los "estilos" arquitectónicos que se encuentran en ellas, de esa suerte de sincretismo estético que las caracteriza, de los elementos físicos que las integran, de las técnicas de construcción o del vestido interior que las adornan. En varios casos, la reseña

histórica de la edificación se deslíe y termina confundiendo con la historia de sus fundadores o con detalles que no aclaran suficientemente su destino final.

Amén de lo anterior, y de las glosas y elogios que ya hizo el historiador Nicolás del Castillo (Lecturas Dominicales, El Tiempo, 17 de enero de 1999, pág. 10), se puede agregar que el libro sería útil como guía de visita a las construcciones que subsisten, para lo cual no habría sobrado incluir dibujos de las plantas arquitectónicas de los edificios y, sobre todo, un plano de Cartagena que muestre la ubicación de cada uno de ellos.

SANTIAGO LONDOÑO
VÉLEZ

Sonido paisa

La música parrandera paisa

Alberto Burgos Herrera
Editorial Lealón, Medellín, 2000,
456 págs.

Su autor es antioqueño (Medellín, 1945), dibujante, locutor, médico e investigador musical, tal como dice la solapa de este libro. Es autor de la obra *Entre notas y anécdotas musicales*.

Él, en unos comentarios introductorios, dice que "no es una obra literaria; es la información y testimonio, referente a los inicios de esa música maravillosa que en Antioquia llamamos parrandera". Que es un género musical nuevo, pues, a excepción de un par de cultores del mismo incluidos en el libro, dan como inspirador o precursor de la "música parrandera paisa" al cantautor Guillermo Buitrago (Ciéna-ga, 1920-1949), quien grabó a partir de 1942 una música mestiza —generalmente hispana con acentos indígenas, pero en escasos ejemplos negroide—. Cualidades (nostalgia y alegría reunidas en una composi-

ción) que lo hicieron favorito de los públicos tanto campesinos como urbanos del país andino, donde su música —no siempre de él— ha generado además otros fenómenos musicales como “la carranga cundi-boyacense”, amén del negado influjo sobre la música vallenata, de la cual célebres compositores actuales son deudores.

Curiosamente, Buitrago está más vigente en Antioquia, el eje cafetero, Boyacá, los Llanos, que en su tierra natal y la costa Atlántica.

A continuación el autor —del libro— nos dice lo que él entiende como “música parrandera paisa”: “toda gama de melodías antioqueñas, generalmente de origen humilde y campesino, casi siempre interpretadas con instrumentos de cuerda y viento, picarescas, maliciosas, algunas de doble sentido y que en nuestro medio son pieza [sic] fundamental en los diciembres. Dentro de este estilo podemos encontrar ritmos tan diferentes como el paseo, el merengue, el son paisa, el currulao, el baile bravo, la parranda y la rumba, entre otros”.

Es como si estuviésemos reseñando una producción de Buitrago... El formato básico de la música buitragueña fue: guitarra española (dos, una para puntear y otra para acompañar) y guacharaca, instrumento indio, en raras ocasiones, la maraca nuestra. En algunas grabaciones, están el clarinete y una caja antillana, o vallenata.

El autor reconoce como influencias notorias en esta música raizal —ya lo es por su afianzamiento y popularización— a los primeros discos con música cubana, los discos iniciales del compositor bolivarense Ángel María Camacho y Cano, el primero de los colombianos que grabó —con el cartagenero Ladislao Orozco— música costeña en Nueva York, en el año 1929. Cita además la canción *Que vivan los novios*. Pero parece que prevalece, no obstante, la sombra larga de Buitrago.

En el libro hay entrevistas con Libardo Álvarez González, María Álvarez viuda de Andrade, Judith Arboleda, Neftalí Álvarez, Agustín

Bedoya, Joaquín Bedoya, José A. Bedoya, Gilberto Cano, Marcos Cano, Antonio Colorado, Jairo Gómez, Ricardo González, el Mono González, Luis Eduardo Gutiérrez, Pedro Nel Isaza, Luis Carlos Jaramillo, Los Trovadores del Recuerdo, Gilberto Meza, Octavio Meza, Darío Montoya, Gildardo Montoya, José Muñoz, Nicolás Muñoz, Vicente Muñoz, Alfonso Muriel, Miguel Ángel Nova, Leonel Ospina, Consuelo Pérez, Valedor Ramírez, Germán Rengifo, Arturo Ruiz del Castillo, Alejandro Sarrazola Quintero, Manuel Suescún, Jesús Vanegas, Óscar Velásquez y Luis Eduardo Yépez.

Al parecer, esta lista exhaustiva abarcaría toda la gama de esta singular música colombiana.

GUILLERMO HENRÍQUEZ
TORRES

Atención y recompensa

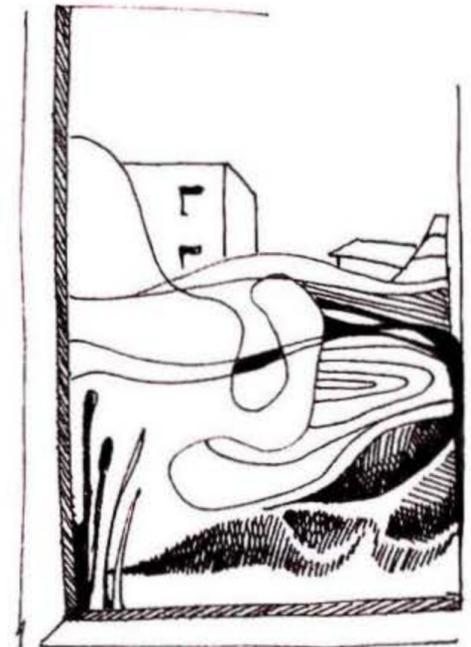
Diario del entomólogo

Jorge Cadavid (prólogo de Óscar Torres Duque)

Trilce Editores, Bogotá, 1998, 90 págs.

En una reunión de esos comités universitarios que existen porque Dios es grande (de plano, aburrido; y, seamos políticamente correctos, ajeno a la diversión de los mortales), nos empantanamos en una discusión que para mí era fabulosa. El departamento de psicología estaba pidiendo luz verde para un curso titulado “Psicología de los insectos”. Uno de los miembros del comité (entidad que tiene a su cargo la aprobación o no del currículo de cursos del área de ciencias y letras) objetó el contenido del *syllabus* y su relación con el departamento de psicología, pues, de acuerdo con la descripción y las lecturas recomendadas, debía ese curso pertenecer al de zoología, en el mismo vacilón de los entomólogos. Otro miembro, entonces, tomó

la posta y preguntó con sincera curiosidad si los insectos podían tener una vida psicológica... Yo, de veras, asistía a este intercambio muy anglosajón (vale decir, muy alejado de los cuchillos que vuelan por el aire como las mentadas de madre) con tal perplejidad y derroche admirativo, que no se me ocurrió ni por aquí sacarme de la manga el poema *Fragments sobre la psicología del insecto*:



I
*Satisfecho en todos los estados
el insecto no se duerme al dormir
no sueña al soñar
no despierta al despertar*

II
*El mundo anda
sí, pero a veces para atrás
Todo lo que ha de hacerse
el insecto lo hace sin esfuerzo*

III
*Todos los segundos son el
[mismo segundo]
El insecto no es feliz ni
[desdichado]
no está distraído ni iluminado
La eternidad no sabe a nada*

IV
*El insecto es indiferente a lo que
[alcanza]
y a lo que aún hay que alcanzar*

Lo dijo Nietzsche con todas sus letras. Rilke lo puso en clave elegíaca y Rubén Darío nos dio un cristal